



La plegaria del pastor  
Mons. Ariel Torrado Mosconi  
Dios y el hombre, vol. 8, n. 1, 2024  
ISSN 2618-2858  
<https://revistas.unlp.edu.ar/DyH/index>  
Cátedra libre de pensamiento cristiano – UNLP  
Seminario Mayor San José  
La Plata, Buenos Aires, Argentina

# La Plegaria del Pastor

## Oración y caridad pastoral en el beato Eduardo Francisco Pironio

The Shepherd's Prayer  
Prayer and Pastoral Charity in Blessed Eduardo Francisco Pironio

Mons. Ariel Torrado Mosconi

[arieltorradomosconi@gmail.com](mailto:arieltorradomosconi@gmail.com)

Obispo de Santo Domingo – Nueve de Julio – Argentina

---

### Resumen

El siguiente texto es la transcripción de la *Lectio Brevis* que Mons. Ariel Torrado Mosconi dictó el martes 19 de marzo de 2024 en el Seminario Mayor “San José” de La Plata, con motivo de la solemnidad de su patrono.

Palabras clave: Pironio, cardenal, oración, caridad pastoral.

### Abstract

The following text is the transcription of the *Lectio Brevis* that Mons. Ariel Torrado Mosconi delivered on Tuesday 19 March 2024 at the Major Seminary "Saint Joseph" in La Plata, on the occasion of the solemnity of its patron saint.

Keywords: Pironio, Cardinal, prayer, pastoral charity.

Recibido:19/03/24

Aceptado:19/03/24

Publicado:28/08/24



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional



## Introducción

El pasado 16 de diciembre de 2023 la Iglesia declaraba Beato al cardenal Eduardo Francisco Pironio, proponiéndolo desde entonces como modelo en la imitación y seguimiento de Jesucristo, al mismo tiempo que intercesor ante la Trinidad santísima en el misterio de la comunión de los santos.

Eduardo Francisco nació en Nueve de Julio el año 1920, alumno de este Seminario “San José” de la, por entonces, diócesis de La Plata, fue ordenado presbítero para la diócesis de Mercedes, abocado principalmente a la formación sacerdotal, se dedicó también al laicado en la Acción católica, la Juventud obrera católica, la predicación y novenas patronales en las parroquias, así como a la dirección espiritual y retiros para la vida consagrada. Rector del Seminario Metropolitano de Buenos Aires y Decano de la Facultad de Teología de Villa Devoto. Consagrado obispo auxiliar de esta arquidiócesis de La Plata, fue sucesivamente, obispo de Mar del Plata, secretario y presidente del CELAM. Participó del Concilio Vaticano II en la primera sesión como perito y luego ya en las siguientes como padre conciliar. Llamado a Roma, se desempeñó como Prefecto de la congregación de religiosos, por designación de san Pablo VI, y Presidente del consejo para los laicos, con san Juan Pablo II y, por ello, artífice de la JMJ. Falleció en Roma en febrero de 1998.

Cabe aquí poner de manifiesto cuanto podríamos llamar las “fuentes” de su pensamiento. Su formación inicial la recibió aquí mismo “entre estas paredes” de aquellos señeros y grandes maestros de este Seminario. Gracias a Octavio Nicolás Derisi, tomó contacto con el tomismo renovado. De la mano de Juan Straubinger accedió al movimiento bíblico y con Enrique Rau descubrió el movimiento litúrgico y las nuevas corrientes de la teología. De ellos se sintió siempre deudor agradecido y se dijo discípulo. Ya en el “Angelicum” de Roma profundizará y ampliará su formación accediendo a los escritos de los dominicos, el biblista Marie Joseph Lagrange, y los teólogos Marie Dominique Chenu e Yves Congar, así como de otros conocidos teólogos del momento. Cuando se accede a su predicación o a sus escritos, uno queda gratamente impresionado por digamos así- el grado de asimilación de estos movimientos de renovación, puesto de manifiesto en una oratoria o en una prosa impregnada de imágenes y citas bíblicas, articuladas en una sistematización teológica armónica y orgánica, que tiene siempre como horizonte y finalidad la vida misma, la misión y la práctica. Estoy convencido que ese pensamiento teológico, su predicación, su magisterio escrito tan profundo, integrado y bello, se gestaba en largas horas de lectura orante y de meditación contemplativa. No es exagerado sostener que todos sus escritos, aún los de carácter pastoral, práctico o normativo, exhalan un “sabor o perfume espiritual”.



Sirvan estas sucintas referencias biográficas para ubicar al Beato en el contexto de la segunda mitad del siglo XX, como partícipe y protagonista destacado de los acontecimientos eclesiales de nuestro país, Latinoamérica y el mundo.

El tema que hoy nos ocupa es la oración de quien es llamado al ministerio pastoral, en relación a aquello que es la entraña misma del sacramento del orden: la caridad pastoral, contenido y forma de la vida y misión del presbítero y del obispo. Pironio nos alecciona sobre estas dos realidades inherentes a nuestra vocación con su misma existencia. Tanto quienes los conocieron y trataron como aquellos que se acercan a su figura a través de sus escritos o grabaciones, encuentran en él un modelo de creyente, un sacerdote orante y contemplativo, un pastor sencillo, sufrido y cercano a su gente.

Bien puede afirmarse que dedicó su vida a enseñar y predicar la oración, a fomentar el desarrollo y la espiritualidad propia de cada estado de vida en el pueblo de Dios y a revalorizar la dimensión contemplativa de todos los bautizados. Asimismo, encarnando la figura del pastor delineada por el Concilio Vaticano II, fue de los primeros -juntos a grandes obispos de su época- en marcar todo un estilo pastoral cuyas notas principales fueron la austeridad de vida, la presencia en medio de su pueblo, la colegialidad con sus hermanos y la dimensión misionera de toda la vida eclesial y de su propio ministerio. Por lo anterior, citaré y me referiré a alguno de sus escritos que mejor condensan y expresan su pensamiento y enseñanza acerca de la oración y la caridad pastoral, aunque teniendo presente y dejando claro que -como dije antes- toda su vida es un patente magisterio sobre la oración y la caridad del pastor.

## **I. La plegaria pastoral**

El “homo videns” (Sartori) de la cultura de la imagen, poniendo a las personas en situación de “acting” permanente, en un constante esfuerzo de maquillaje y pose “para la vidriera” -con ello no se deja de valorar todo cuanto de positivo y beneficioso traen los avances tecnológicos- ha provocado un vaciamiento de la interioridad, una baja en el cultivo de la dimensión espiritual del ser humano. Una muestra ejemplar de ello se deja ver en esa verdadera nueva adicción a la pantalla del celular. El producto de cuanto venimos diciendo es el aumento de los niveles de angustia que, en tantos casos, lleva a trastornos psicológicos de distinta índole e intensidad.

Junto a esto sigue dándose, al menos en nuestras latitudes, una búsqueda espiritual, un deseo de trascendencia y unas prácticas religiosas erráticas y confusas. Todo lo asociado con la corriente de la “New age”, el regreso a rituales paganos, cultos satanistas, corrientes de espiritualidad de inspiración oriental, algunas formas fundamentalistas y sectarias de interpretar el cristianismo y el judaísmo, dejan ver estas



formas evidentemente. Este apartado se enriquece también con los recuerdos de varios de sus discípulos y alumnos. 3 equivocadas e insanas de contacto con lo sagrado y vivencia religiosa. De todos modos, indican ese “deseo de Dios”, aquel *capax Dei* presente en lo más hondo del espíritu humano. Así y todo, aquí se encuentra una verdadera “ventana” para la evangelización, una apertura por donde llegar con el anuncio.

El proceso de secularización también ha devenido en indiferencia. Una vida transcurrida en los límites de una inmanencia, que va del nacer al morir, dinamizada por el consumo, caracterizada por el individualismo y cuyo horizonte es el bienestar. Para ello no hace falta ninguna ayuda “venida de lo alto” que, a lo sumo, tolera un tipo de práctica religiosa que aporte “armonía, equilibrio y satisfacción hedonista”.

Frente a estas búsquedas y tendencias a veces se percibe que el alimento espiritual no está en la Iglesia. Para muchos pareciera que lo que ofrece la Iglesia es sólo formal y hasta le puede resultar viejo u obsoleto. Sin embargo, en el seno de la Iglesia hay una rica tradición milenaria y una pluralidad de formas, métodos y lenguajes del “hablar con Dios” que suponen todo un tesoro a seguir desarrollando, compartiendo y difundiendo. Cabe hacer notar aquí la iniciativa del Santo Padre Francisco con vistas a la preparación inmediata del Jubileo 2025: no consiste en un programa de estrategias o eventos pastorales, sino en un año todo él dedicado a la oración.

Esta percepción deficiente de la tradición espiritual de la Iglesia también influye en la oración de los ministros ordenados que a veces buscan afuera lo que tienen dentro. Está ya muy clara y definida la espiritualidad sacerdotal, con sus características, motivaciones y cauces. Sin embargo, hay dilemas no resueltos todavía en la práctica: oponer acción a contemplación, oración personal a oración comunitaria, liturgia y pastoral, rito a vida espiritual. En realidad, el desafío está en cómo conjugarlas de modo que no corran por carriles diferentes o sean como compartimentos incomunicados.

Sirvan estas consideraciones para cobrar conciencia lo más clara posible de la situación tanto del mundo al cual dirigimos nuestro esfuerzo evangelizador, como a la propia realidad personal de orar hoy y aquí como pastor, en formación o en ejercicio. Para unos se trata de poner las bases de aquello que será el primer sostén de la vida y ministerio. Para otros será la lucha por renovar y mantener fresco “el primer amor”.

El Beato Cardenal Pironio, contemplativo en la acción y modelo de pastor orante, tiene mucho para decirnos sobre esta cuestión y sus enseñanzas siguen teniendo actualidad y vigencia. Permitamos, entonces, que su misma palabra nos ilumine y enriquezca. Señala una demanda y un cometido pastoral:

Hoy continuamos nuestra meditación sobre la oración, mejor aún, sobre la ‘Iglesia en oración’. Porque es toda la comunidad cristiana la que tiene que vivir en espíritu y clima



de oración. Son momentos fuertes y providenciales para la Iglesia. Tiempos que exigen serenidad y coraje, equilibrio interior e impulso misionero. Además, el Espíritu Santo suscita un hambre intenso de oración... Iglesia: enséñanos a orar. El mundo exige de nosotros un testimonio claro y vivo de oración. (Pironio, 1974, p. 247a)

Hace un lúcido y certero diagnóstico, válido para hoy también:

Hoy hace falta rezar... Habíamos descuidado la oración. El trabajo, la tarea, el apostolado, nos urgieron inmediatamente mucho; o nos cansó el silencio y nos aturdió el ruido y la palabra. Habíamos perdido la capacidad del silencio, el sentido de la oración, el valor de la contemplación. Quizá porque habíamos hechos del silencio una evasión, de la oración, un refugio; de la contemplación una abstracción. Afortunadamente, el Espíritu de Dios nos llama hoy a la interioridad, nos invita al desierto, nos introduce fuertemente en la serena y concreta fecundidad de la contemplación. (Pironio, 1974, p. 224a)

Indicando un camino de renovación:

Una de las características de la espiritualidad actual, es la vuelta a la oración. Pero una oración más profunda y verdadera: más centrada en la Palabra de Dios y en la liturgia, más personal y compartida, más contemplativa y conectada con la vida cotidiana. (Pironio, 1974, p. 224c)

Y ayudándonos a redescubrir la dimensión contemplativa de toda la Iglesia y de cada uno de sus miembros:

La Iglesia -en la totalidad de sus miembros- siente la necesidad de ser fuertemente contemplativa: precisamente porque es la Iglesia de la Palabra y de la profecía, del testimonio y el servicio, de la encarnación y la presencia. No podríamos descubrir a Cristo en el hermano, no podríamos tener capacidad de diálogo y de servicio, si no fuéramos al desierto o subiéramos al monte a orar con Jesús y bajo la acción del Espíritu. (1974, p. 225a)



Poniendo de manifiesto que la auténtica contemplación nos hace vivir “con los pies en la tierra”:

No se trata de una Iglesia ajena o extraña a la historia. Todo lo contrario; la contemplación es esencial para una Iglesia de la encarnación y la presencia, de la Palabra y el testimonio, del diálogo y el servicio. Sólo los contemplativos pueden ser realistas, abiertos, comprometidos. (1974, p. 249d)

Y de allí nos lleva a lo típico, característico y específico de la oración del sacerdote:

¡Oración y Palabra! Eso define el ministerio sacerdotal. Si no hiciéramos otra cosa - ¡pero la hiciéramos bien! -, serviríamos plenamente a nuestros hermanos y llenaríamos nuestra vida... La oración va íntimamente unida al ministerio pastoral. En el evangelio de San Lucas es significativo que el episodio de Marta y María siga inmediatamente a la parábola del buen samaritano; el hombre que frente a un desconocido pero necesitado, lo dio todo: su aceite y su vino, su propia cabalgadura y su dinero; pero, sobre todo, dio su compasión humana y su tiempo... ¡Sólo quien sabe descubrir en un extraño la adorable presencia de Jesús necesitado tiene el coraje y el privilegio de saber perder el tiempo para escuchar, consolar y aliviar a los hermanos. (1974, p. 223b)

De un modo meridianamente claro, nos ayuda a resolver en la práctica dilemas, a superar excusas o subterfugios para evadirnos de la tarea de orar:

Nuestra vida es servicio y donación. Pero, por eso mismo, silencio contemplativo y oración... Siempre ha habido tensión entre silencio y palabra, entre oración y apostolado, entre acción y contemplación. Un hombre verdaderamente contemplativo, que ama a Dios y ama profundamente a sus hermanos, sabe cómo superar esta tensión en una fuerte unidad interior... Hoy hace falta rezar: para ser hombre de equilibrio y profetas de esperanza, para saber comunicar alegría a los cansados y dar permanentemente gloria al Padre. (1974, p. 223d)



Recordando que es un verdadero deber y genuina responsabilidad pastoral, así como necesidad vital, que aporta unificación interior, integración de las distintas facetas de la vida y ministerio, junto a la madurez humana y los frutos espirituales:

La oración es particularmente exigida en el sacerdote: ministro de la Palabra y de la eucaristía, testigo de la resurrección y profeta de la esperanza, hombre de la Pascua y amigo de Dios para los hombres. Faltará en él la serenidad y la fuerza para el testimonio si falta la profundidad interior del silencio, de la oración, de la contemplación. Faltará el equilibrio y la alegría. (1974, p. 225b)

No se trata de un oración vaga y de cualquier modo, sino determinada y concreta para conectarse verdaderamente con la realidad:

Hacen falta momentos fuertes de absoluta tranquilidad y total silencio para encontrarnos a solas con el Señor. Desde allí, nos abriremos al mundo, al hombre, a la historia. (1974, p. 249b)

Para concluir este primer apartado, hagamos nuestra su petición en una de sus oraciones con y por los sacerdotes:

Señor enséñanos a orar... que aprendamos a vivir una experiencia de desierto, a dejarlo todo para recuperarlo todo. Que aprendamos que el dejar momentáneamente alguna actividad es ganar la vida, es para que la ganen nuestros hermanos... Haznos gustar la gratuidad de este don... danos comprender que, en la medida que vivamos en interioridad contemplativa podremos ser equilibrados y dar a los demás la serenidad y la paz. (2008, p. 9)

Podemos resumir la idea pironiana de oración sacerdotal como una plegaria contemplativa en, con y para la vida. Escucha de la Palabra, del prójimo y de los signos de los tiempos; contemplación del misterio de Dios en la historia y del misterio de la cruz en la propia vida, preparando el corazón para la donación y entrega de sí a los demás. De esta manera, es una oración que unifica la existencia y en la cual se puede gustar la alegría del servicio.



## II. Caridad pastoral

Si bien el amor cristiano, el ágape evangélico, el “mandatum novum” es generalmente aceptado por la comunidad global y considerado como el más propio y mejor aporte del cristianismo a la humanidad, no por eso deja de ser también contestado. En la práctica, por los atropellos a la dignidad humana, la violencia y la corrupción de sociedades cuya matriz cultural ha sido cristiana. En la teoría, por formas de pensamiento, filosofías o ideologías que ven en él o una ingenua utopía irrealizable, o una justificación de la debilidad y el miedo, o una ética que se queda muy corta a la hora de la revolución transformadora.

Con razón se ha definido a nuestra época como “modernidad líquida” (Bauman) cuyo carácter más radical es el individualismo. Ya en su primer documento, el Papa Francisco nos hablaba de una “crisis del compromiso comunitario” como uno de los problemas más hondos de nuestro tiempo y cuestión a resolver.

La Iglesia, peregrina en la historia y encarnada en esta cultura, que muchas veces reniega de sus raíces cristianas, y dejándose seducir por los nuevos vientos, no escapa, tantas veces, al contagio de los “virus mundanos” y de ser confundida por tendencias disgregantes o disolventes que atentan contra su identidad más profunda que es el mandamiento nuevo del amor.

El ministro ordenado, hijo de su época, no escapa tampoco a tal seducción y contagio. Dos profundos conocedores de la existencia sacerdotal, como Juan María Uriarte y Amedeo Cencini, afirman que ese individualismo, que caracteriza y aqueja nuestra cultura, se manifiesta en nosotros bajo la forma de “narcisismo”. Efectivamente, la búsqueda de sí, la utilización o manipulación del otro en función del propio interés o conveniencia, la falta de empatía y compasión, junto a una intolerancia al fracaso o la frustración y consecuente caída en depresión, describen la sintomatología de más de una crisis o el estado de adormecida mediocridad de más de un ordenado. Fenómeno o síntoma que bien podríamos denominarlo, glosando al Santo Padre Francisco, de “narcisismo clerical”.

Estas alusiones a la situación del mundo, la Iglesia y nuestro propio ministerio, no tienen la pretensión de ser un diagnóstico acabado, sino un simple asomarse a nuestros problemas medulares y acuciantes, para introducir y contextualizar la -digamos así respuesta pironiana a los desafíos y demandas de nuestra existencia ministerial. La caridad pastoral es, precisamente, respuesta, remedio y oferta del sacerdote a este mundo de hoy “huérfano de amor”.

En la línea y casi contemporáneamente al Concilio Vaticano II en “Presbyterorum ordinis” afirma de la caridad pastoral:





Constituye el centro de la espiritualidad sacerdotal. Es la caridad del “buen Pastor”, conocedor personal de sus ovejas, pronto a dar la vida por ellas, con inquietud misionera por las extrañas (Jn 10,14-16), siempre dispuesto a buscar y cargar sobre sus hombros a la extraviada (Lc 15,4-7). Ezequiel profetiza contra los malos pastores que se apacientan a sí mismos (Ez 34,1 ss). Que se toman la leche de las ovejas, se visten con su lana, sacrifican las más pingües. Que no fortalecen a las débiles, no cuidan a las enfermas, no curan a las heridas, no tornan a las descarriadas, no buscan a las perdidas. Que dominan con violencia y con dureza. También Jeremías grita contra los pastores que dejan perderse y desparramarse las ovejas (Jr 23,1 ss). (1975, p. 160e)

Apela a las hermosas imágenes del antiguo y nuevo testamento:

El salmo 22 nos pinta a Yavé, solícito Pastor de su pueblo. “Yavé es mi Pastor, nada me falta”. Cristo realizará, en su Persona, el consolador anuncio de Ezequiel: “Aquí estoy yo. Yo mismo cuidaré de mi rebaño y velaré por él” (Ez 34,11). La imagen de Cristo “el buen Pastor” marcará el cumplimiento de las profecías. Y señalará a los pastores de la Iglesia la profundidad espiritual de su donación a los hombres. (1975, p. 161b).

Poniéndola en el centro de la identidad y el estilo de vida ministerial:

La caridad pastoral sintetiza la espiritualidad sacerdotal. Como la caridad en general “es la síntesis de la perfección” (Col 3,14). Por eso el Concilio reduce todo a la caridad pastoral. El ministerio mismo es esencialmente santificador porque la triple función sacerdotal supone y engendra “la caridad del Buen Pastor” (PO 13). La unidad de vida de los presbíteros (contemplación y acción) se obtiene mediante “el ejercicio de la caridad pastoral” (PO 14). Sobre todo, “la caridad pastoral” ilumina las exigencias absolutas de la humildad y la obediencia (PO 15), de la virginidad consagrada (PO 16), de la pobreza sacerdotal (PO 17). (1975, p. 161e)

Esboza una definición en un bello texto de sublime prosa:



¿Qué es la caridad Pastoral? Podríamos describirla como la entrega heroica y gozosa a la voluntad del Padre, que nos lleva a una generosa y sencilla donación a los hombres, en sacramental comunión con nuestros hermanos. Esencialmente la caridad pastoral es vivir en comunión. Si el sacerdote es el hombre elegido y consagrado para hacer y presidir la comunión, se entiende por qué la caridad pastoral es el alma de su espiritualidad. Toda su vida ha de ser inmolación y ofrenda, donación y servicio, obediencia y comunicación. (1974, p. 204b)

Haciéndonos ver cómo se gesta en nuestra alma sacerdotal:

La caridad pastoral nace en el silencio, madura en la cruz, se expresa en la alegría pascual. La verdadera fuente de la caridad pastoral es Cristo, el buen pastor, quien a través de la acción transformadora de su Espíritu de amor nos va configurando consigo mismo, nos transmite sus propios sentimientos de perfecta obediencia al Padre, de serena inmolación en la cruz y de alegre y fecunda donación a los hombres. Hace falta ser contemplativos y saborear en silencio la cruz para tener un alma serena y grande de buen pastor. (1974, p. 204b)

De allí, saca conclusiones para la vida concreta:

El buen pastor vive permanentemente en la oración y en la cruz; de allí saca fuerzas para darse incansablemente a sus hermanos, de allí arranca su profecía y los gestos humildes de su servicio. La caridad pastoral supone una eucaristía verdadera que hace a la Iglesia. Exige vivir permanentemente en comunión con el Cristo pascual por el Espíritu. (1975, p. 161e)

Haciéndonos notar cómo se desarrolla y despliega en las diferentes facetas del ministerio:

La caridad pastoral se realiza así en tres planos: el de Dios, el de los hombres, el del Obispo con su presbiterio. El sacerdote vive en permanente comunión con Dios (en esencial actitud de inmolación y ofrenda) por la intensidad de la oración, la serenidad de la cruz, la sencillez oculta de lo cotidiano... La comunión salvadora con los hombres



(actitud de donación y de servicio) exige en el sacerdote un gozoso morir a sí mismo, una particular sensibilidad por los problemas humanos, una inalterable disponibilidad para escuchar, interpretar, y entregarse generosamente a los demás... supone una perfecta libertad interior y una capacidad muy honda de amor universal. La comunión con el Obispo y su presbiterio exige...obediencia y amistad son exigencias de una profunda comunión sacramental, de una misma participación en la consagración y misión de Cristo Sacerdote, y no simple conveniencia o reclamo de una acción pastoral más eficaz. (1975, p. 161e)

Y refiriéndola expresamente a la oración, la comunión y el celibato:

En la caridad pastoral encuentran su sentido particularmente hoy tres exigencias absolutas del sacerdote: su actitud contemplativa, su obediencia, su celibato. Hay valores absolutos que no pueden ser perdidos: Sólo la oración nos equilibra en Dios. Sólo la contemplación nos capacita para entender al hombre... Otra exigencia absoluta del sacerdote: la obediencia. Sólo es válida en la medida en que sea una inmolación a Dios. Sólo tiene sentido como “comunión” de Iglesia... auténtica, madura y responsable, se requieren estas tres cosas: una profunda actitud de fe... de amor... de diálogo... Finalmente, 9 la caridad pastoral da sentido a nuestra virginidad consagrada. Sólo puede ser entendida en un contexto de amor. Y de amor absoluto... “es signo y estímulo de la caridad pastoral y fuente peculiar de la fecundidad espiritual en el mundo” (PO 16) ... es inmolación y ofrenda gozosa a Dios, donación y servicio generoso a los hermanos, paternidad espiritual... Es un modo de expresar sensiblemente la fecundidad de la Pascua. Por eso hay que vivirlo en la alegría del Misterio Pascual. (1975, p. 162d)

Hagamos nuestro ahora, también, su ruego sacerdotal en el retiro predicado a la Curia romana el año 1974:

Pedimos... que nos dé alma de pastores buenos, sencillos y humildes, alegres y generosos, totalmente abiertos a Dios y siempre disponibles. (1974, p. 205c)

En momentos de crisis de abandono del ministerio en el inmediato pos-concilio y cuando se buscaba encontrar lo específico de la identidad sacerdotal, Pironio, abrevando en la más originaria y genuina tradición eclesial, condensada en la enseñanza conciliar,



puso a la caridad pastoral como corazón de esa identidad, modo de un estilo ministerial y condición de fecundidad evangelizadora. También para nosotros sigue siendo así y sus lecciones son un llamado a “formatear” -en los seminaristas- y a “resetear” -en nosotros los presbíteros y obispos- nuestro corazón sacerdotal conformándolo -en el más propio y genuino sentido etimológico de esta palabra- con el corazón de Jesús buen pastor.

## **Conclusión**

Las consideraciones sobre la realidad del mundo, la comunidad cristiana y el ministerio ordenado no quieren ser una visión negativa y pesimista de cuanto acontece, sino un deliberado mirar, afrontar y “hacerse cargo” de las heridas y llagas de nuestro tiempo. Por contraste esto nos ayuda, al mismo tiempo, a descubrir la pertinencia y actualidad de la enseñanza del Beato Eduardo Francisco Pironio, para beber de las abundantes fuentes de su doctrina, contagiándonos de su esperanza y alegría, dejándonos motivar e impulsar por su entusiasmo sacerdotal y apasionarnos con la obra de la evangelización y el ministerio sacerdotal.

Permítanme concluir que unos textos que dan acabada cuenta de su lúcida agudeza al interpretar los signos de los tiempos, de su honda esperanza y de su profunda alegría pascual:

Indudablemente vivimos tiempos difíciles. Es inútil lamentarlo. Más inútil todavía y más desastroso querer ignorarlo, como si todo marchara bien o dejarse definitivamente aplastar como si nada pudiera superarse. Los tiempos difíciles pertenecen al designio del Padre y son esencialmente tiempos de gracia y salvación. En el interior de todo esto -lo sabemos infaliblemente por la fe- está Dios conduciendo la historia, está Cristo presidiendo su Iglesia, está el Espíritu Santo engendrando en el dolor los tiempos nuevos para la creación definitiva. Aunque cueste creerlo es irreversiblemente cierto -tanto en lo personal como en la vida de nuestras comunidades- que “el que vive en Cristo es una nueva creatura, lo antiguo ha desaparecido, un ser nuevo se ha hecho presente y todo esto procede de Dios” Por eso hace falta otra vez meditar sobre la esperanza. (1976)

Sintamos que, desde el lugar de la esperanza cumplida, nos sigue diciendo a cada uno de nosotros hoy también alentándonos, confortándonos e impulsándonos a una renovada alegría en la donación de la propia existencia:



Puede flaquear a veces nuestra esperanza: pero nos sentimos alentados por todo un pueblo en marcha. Yo espero con la esperanza de todos mis hermanos. Pueden fracasar nuestros proyectos personales y nuestras obras: pero no fracasa nunca el plan de Dios y la construcción progresiva de su Reino. La esperanza está íntimamente unida a la alegría. La alegría procede también de la esperanza ... Para el mundo de hoy -tan sumido en la tristeza y en el desaliento- los sacerdotes debemos ser los permanentes testigos de la alegría y de la esperanza. (1992, p. 42)

Concluyo con las palabras conmovedoras y estimulantes referidas a la vocación sacerdotal en su testamento: “¡Magnificat! Agradezco al Señor mi sacerdocio. Me he sentido extraordinariamente feliz de ser sacerdote y quisiera transmitir esta alegría profunda a los jóvenes de hoy, como mi mejor testamento y herencia. (1996)

¡Muchas gracias, hermanos!



## Referencias

Pironio, E. F. (1974). *Queremos ver a Jesús. Ágape.*

Pironio, E. F. (1975). *Escritos pastorales.* BAC.

Pironio, E. F. (1976). *Meditación para tiempos difíciles.* Editora Patria Grande.

Pironio, E. F. (1992). *Palabras sacerdotales.* Ciudad Nueva.

Pironio, E. F. (2008). *Señor, enséñanos a orar.* Editorial Claretiana.